

—Bueno, bueno, verémos. Quizás pueda esto arreglarse. ¿Y siente ella la pasión que os ha inspirado?

— ¡Ah no me atrevo á creerlo! Apenas he tenido ocasion de hablarle.

— ¡Cómo, pues, la habeis conocido?

— Una casualidad, un encuentro providencial, como deciais poco ha, caballero. El año pasado, — porque hace ya un año que la ví por la vez primera, — entré en la catedral por casualidad y sin objeto. No habia nadie. Yo erré por su recinto contemplando los vidrios de colores, y la majestad religiosa del santuario. Mi corazon se penetró de los pensamientos sublimes acerca de la eternidad, y caí en honda meditacion. Andaba maquinalmente, con los ojos dirigidos al cielo, cuando, despues de dar una vuelta, me encontré á la entrada de una capilla lateral. Apenas di un paso, me detuve, lleno de sorpresa y admiracion... Ella estaba de rodillas, orando ante el altar... No, yo no podría pintaros lo que sentí á su vista.

Jamás tanta belleza, gracia y candor habian herido mis miradas. De rodillas estaba, graciosamente inclinada, con sus hermosos ojos levantados; su boca entreabierta dirigia á la Virgen una santa plegaria. En su fisonía se reflejaba, como en un espejo, la pureza sencilla, la fe, la esperanza, la caridad.

Si, desde aquel momento me sentí herido en el corazon. Yo caí de rodillas, y elevando mi alma á Dios y á ella, confundiendo mi oracion con la suya, hice voto de no amar á nadie mas que á ella... ¡y de amarla siempre! Despues la he visto muchas veces, porque la he buscado sin cesar; he podido tambien hablarle, he oido el metal de su voz... Yo la veo ruborizarse cuando me acerco, sonreír algunas veces, bajar siempre los ojos. ¡Oh, ella sabe que la amo, estoy seguro de ello! ¡Cómo podria no haberlo adivinado?— ¡Era un sueño bello! Pero voy á perderlo pronto.

Al concluir estas palabras, Federico dejó caer la cabeza entre sus manos. Arrastrado por sus recuerdos, habia hablado con fuego. El desconocido lo

contempló en silencio con paternal ternura.

— Bueno, dijo, ¿Y esto es todo?

— Sí, respondió Federico, recobrando su sangre fria, y un poco avergonzado de haberse confiado tan ligeramente á un desconocido. ¡Esto es todo! Bastante era para mí, y mas ahora, ¡que todo se ha concluido!

— No, no, hijo mio, dijo el anciano. Yo estoy satisfecho de tí Federico. Sentimientos tan puros, tan ingenuos, me encantau... y veo con placer que no me he engañado...

Al decir esto, habia puesto la mano sobre la del jóven estrechandola con amistad.

— Pero veamos, arreglemos nuestros negocios definitivamente. ¿Tú sabes cómo se llama?

— ¡Caballero! su nombre no me pertenece, y...

— ¡Vamos! ¿Temes comprometerla porque la has encontrado una vez en la iglesia? ¡Vaya! no eres tú solo, hijo mio. Pero tú conoces que para ayudarte necesito saber si esa jóven merece entrar en tu familia. ¿Como se llama?

— Constancia de Rosenheim, dijo ruborizándose.

— ¡Constancia! replicó vivamente el anciano, pero se contuvo, y estrechó de nuevo la mano de Federico. — Has hecho una excelente eleccion, hijo mio. Solo que, tienes razon, ella es superior á tí... Pero en fin, no hay que desesperar. ¡Tú no visitas todavia al conde de Rosenheim?

— No, respondió Federico; no lo conozco; ¿cómo me hubiera recibido en su casa?

El desconocido se levantó y dió dos vueltas por la sala; despues se acercó á Federico, que no podia dominar su sorpresa.

— Démonos priesa, dijo él; la noche avanza. Tú hablabas de talismanes poco hace; yo puedo dártelos

— ¿Vos? ..

— Sí, toma.

Acercóse á una de las luces que brillaban sobre la mesa, y puso en un